

otros, y en cambio sólo corrió el riesgo de ser sometida a los deseos groseros y premiosos del macho. La solución—¿pero es ésta una solución?—encuéntrela la heroína en la vida propia, independiente. Mas, ¿hasta cuándo? No se trata aquí sino de ejemplos tocantes al modo de registrar este aspecto del problema: el mérito de Romanov consiste en haber conseguido dar a sus héroes, en esta posición que parece más bien dialéctica que real, una vitalidad convincente. La paradoja, por lo demás, es un elemento característico de los grandes trastornos, antes de que haya arreglo, y hasta desde este punto de vista los relatos de Romanov tienen no poca importancia. Un crítico, el mismo que calificara a Romanov como el «genio de la indiferencia», se ha preguntado por qué no trata de librarse de estas figuras de un mundo pretérito introducidos en el mundo nuevo. Es probable que luego de haber preparado la segunda parte de su epopeya «Rus», la que trata de la guerra, en la cual el viejo mundo se aproxima a su muerte, al preparar su espíritu para la última parte, la pintura de la revolución, abandone sus criaturas para concentrar su atención en el mundo nuevo surgido del movimiento revolucionario... Pero ¿qué hacer, si en este nuevo mundo fuera preciso admitir, siquiera una vez, personajes de un pasado que, muerto en el aspecto exterior, político, social y económico, no obstante aférrase tenazmente a sus reales valores psicológicos y éticos, conquista de generaciones enteras y fruto de dolorosas y sangrientas luchas espirituales?—E T T O R E  
L O G A T T O.

## ALFREDO ADLER

**H**A tenido la mala fortuna de vivir en una época que se colocó, claramente, en materia de psicología, bajo la égida de Freud; si las palabras que Freud le ha atribuido en una de sus obras—«cree Ud. que voy a vegetar siempre a su sombra»—no son sino pura invención es, por otra parte, indudable que la sombra gigantesca de su predecesor le ha cubierto más de lo que correspondía en atención a sus méritos. No tiene objeto el ensayar establecer cuales serían las teorías de Adler si no hubiera vivido en la misma ciudad que el creador del psicoanálisis y no hubiera jamás sufrido su influencia. Pero sería injusto no reconocer todo lo que hay de original, de (1) atrayente,—a pesar de su simplicidad—y de personalísimo en su obra. Quince años más

(1) WEXBERG, *Individual Psychologie* (2.ª ed. 1930-HIRZEL LEIPZIG).

joven que Freud, vienes hasta la médula y hasta en sus teorías, Adler no ha sabido dar a sus obras, como lo ha hecho el genial creador del psicoanálisis, la precisión clara que exige la palabra escrita y la simplicidad inmediata que caracteriza su enseñanza verbal. Sus libros no son sino cursos o conferencias coleccionadas, palabras retenidas por la pluma; y también ha sido otro que el mismo Adler quien nos ha dado la primera exposición metódica de su sistema. Sus ideas son tan interesantes como las de Freud y casi tan conocidas como las de éste, pero circulan anónimamente. Causa asombro ver hasta dónde estas ideas han logrado penetrar en la opinión pública del mundo entero y cuantas veces aparecen en obras de medicina, de pedagogía, de psicología, y aun en obras de un carácter completamente diferente: novela biográfica (1), crítica sociológica (2) o teatral (3).

Oí hablar, en 1928 a Pierre Janet, en el colegio de Francia del «complejo de inferioridad y de superioridad» que nos viene de América, sin que haya mencionado a Adler; Paul Morand fué uno de los primeros que habló de ello en Francia en su «Magia Negra» que venía, en efecto de América. Y es más entristecedor que curioso constatar que en nuestra época que se esfuerza en alcanzar una cooperación internacional, una teoría psicológica para entrar de Alemania en Francia deba dar la vuelta por América.

Pero el ejercer una influencia anónima ¿no puede dar acaso una satisfacción más viva que el de ejercer una influencia manifiesta? Adler ha profesado siempre la SACHLICHKEIT, la objetividad, es decir la acción en consideración a fines objetivos y no por razones egoístas o subjetivas. Le será probablemente indiferente que su nombre no sobreviva largo tiempo, siempre que su teoría sea buena y se divulgue aún anónimamente. «Hay hombres—dijo la sabiduría clásica—que manifiestamente no tienen ninguna influencia; sin embargo, son ellos los que ocultamente gobiernan su época». En el dominio intelectual, Adler es sin duda alguna uno de esos hombres.

Está de moda en nuestros días explicar las teorías de un sabio por lo que Spencer llamó «la ecuación personal», es decir, el conjunto de conceptos y de valores que cada uno de nosotros

---

(1) GUILLERMO II de Emil Ludwig está completamente influído por la teoría del sentimiento de inferioridad, y «Byron» de Maurois lo está por lo menos en parte.

(2) «HENRY DE MAN» Au delá du Marxisme.

(3) BAB «Das THEATER».

recibe inconscientemente del grupo social a que pertenece, en razón del determinismo sociológico, y que influencia al hombre hasta en su pensamiento científico.

Ahora bien, está fuera de dudas que la infancia débil de Adler, su raquitismo, ha contribuido en mucha parte a su primer libro «Estudio de las Inferioridades Orgánicas (1907)». A su carrera de «muchacho de la calle» como le gusta decir, le debe el fundamento de su conocimiento del hombre. Este conocimiento lo considera como el verdadero objeto de toda psicología, por eso ha intitulado «MENSCHEN KENNTNIS» su obra más leída (1) y ello no le ha sido posible sino en virtud de sus orígenes en la burguesía modesta. De la misma manera su indestructible optimismo lo debe para completar su «ecuación personal» en el sentido del sistema—KRETSCHMERIEN—a su constitución morfológica, PYKNIK. Este «gran neutralizador del psicoanálisis» es en suma un «meliorista» que no se desespera jamás. Predica la eterna confianza entre nosotros mismos—asunto de tantos libros populares sobre la energía en la vida—pero que, a pesar de ello, no desagrada a los hombres serios, a los de cultura que sobrepasa el término medio porque tal asunto entre las manos de Adler es tratado de una manera científica. Tocamos aquí precisamente la gran paradoja que se oculta en el fondo del sistema y del método adleriano.

Para Adler, el mecanismo de todo rendimiento superior es siempre el mismo. En el comienzo del proceso hay una inferioridad que trata de compensarse. Pues bien, en el curso de estos esfuerzos para compensar, se llega a una supercompensación. Un órgano inferior llega, así, en virtud de un ejercicio continuado no solamente a recobrar la capacidad de un órgano normal sino que se hace un órgano superior. El brazo izquierdo de un hombre que acaba de perder el brazo derecho se desarrollará para suplir el sólo a los dos brazos del individuo normal. Un niño cuya vista es débil se transformará en un buen observador, buen dibujante; otro que padece una enfermedad al oído, a consecuencia de la cual disminuye su sensibilidad auditiva desarrollará inmediatamente, por así decirlo,—caso observado muy frecuentemente—súbitas disposiciones para la música etc. etc.

En este punto, la concepción adleriana ha sufrido numerosas críticas que en mi opinión provienen todas de un mal en-

---

(1) EDICIÓN ESPAÑOLA.—ESPASA-CALPE, 1931.

tendido. No se sabe jamás ha dicho uno de sus críticos más severos si, según Adler, es el órgano el que compensa o si la compensación es psíquica. Adler confundiría, pues, los procesos orgánicos con los psíquicos. Sin embargo, no es así.—Adler descubrió pronto que en la mayor parte de los casos lo que importa es el factor psíquico, lo que él llama el sobre edificio, la super estructura psíquica. (SEELISCHER ÜBERBAU). Un niño de vista débil deberá hacer más esfuerzos para conquistar el mundo visible; la visión se le hará más difícil y tendrá, en consecuencia, más precio para él; su interés le llevará instintivamente hacia todo lo que es visible.

Es inútil preguntar si este proceso es consciente o automático; es el resultado de tendencias que caracterizan la personalidad íntegra de quién se trata. Por otra parte, el efecto será el mismo si la insuficiencia—sea orgánica o intelectual no es sino imaginaria. En este momento entra en juego el famoso MINDERWERTIGKEITSGEFUHL,—expresión a la que la traducción «sentimiento de inferioridad» o de «insuficiencia» no corresponde sino a medias, excita al ejercicio, a la compensación y hace llegar al sujeto, muy frecuentemente a una sobrecompensación».

Al contrario, un individuo sin energía procurará librar de toda actividad al punto débil de su organismo y así dejándose llevar de esta inferioridad tratará de olvidar la existencia misma del órgano inferior, produciéndose el fenómeno que propongo llamar «subcompensación». Toda la cuestión de la pedagogía reside en hacer que un sujeto presa de un sentimiento más o menos consciente elija «la compensación» en lugar de la «subcompensación». Demóstenes llegó a ser un gran orador porque era tartamudo; Beethoven, gran músico porque tenía inferioridades del oído; Greco, gran pintor porque tenía anomalías en la vista y así otros. La historia de la cultura y de la civilización humana tiene numerosos ejemplos.

Adler ha llegado así a una cuestión muy importante y más aun fundamental: la apasionante cuestión de «el valor de la enfermedad». Desde una cincuentena de años esta cuestión está de moda en nuestra vieja Europa. Desde el médico vienés que contestaba a la interrogación impaciente de un enfermo «dígame doctor, soy yo neurasténico.—Le felicito; lo es en efecto», hasta Nietzsche que gozaba de sus diversas enfermedades utilizándolas como provocadoras de sus grandes obras, hasta Proust que, aceptando con alegría la enfermedad, hace una ferviente apología del nervosismo en más de un pasaje de «A la Recherche du Temps Perdu», la conciencia europea está llena

de esta idea de «la enfermedad útil» (1)—concepción muy paradójal y muy discutible. Toda la cultura, toda la civilización humana no serían, así, si no el resultado de diferentes compensaciones. La religión y la filosofía, compensación del miedo de vivir en este mundo; el arte, en su comienzo una preparación para la vida,—si el primitivo traza animales sobre los muros de su cueva es una preparación a la lucha con ellos, interpretan los adleristas fervientes—que flota todavía hoy entre lo útil y lo inútil. En suma, si el freudismo declara: «todo por el amor» el adlerismo no menos unilateral sostiene: «Todo por el sentimiento de inferioridad». Por sugestiva que sea esta concepción tiene el grave defecto de desconocer la creación debida a un exceso de energía, queriendo, en cambio, explicarlo todo por una falta de energía, el adlerista busca un fenómeno lleno de sentido. En lo que en realidad no es sino un juego en el vacío desprovisto de todo sentido en nuestros órganos. Así no evita el escollo de un racionalismo que ha pesado demasiado tiempo y muy gravemente sobre todo el pensamiento europeo.

Esta concepción, que, sin embargo, encierra mucha parte de verdad concibe en consecuencia, esta única tendencia—sentimiento de inferioridad, tendencia a la seguridad (SICHERUNGSTREBEN) como base a la vez de la neurosis y de resultados superiores de la vida humana. Lo que un individuo no lleva más que a actitudes y conducta neuróticas, en otro se transforma en fuente casi inagotable de fuerzas y de todo aquello a lo que atribuimos un valor de cultura.

El sentimiento de inferioridad es el acicate de la humanidad; es el que desarrolla en nosotros la tendencia a hacerse valer

---

(1) Sería muy interesante remontarse hasta los orígenes de este pensamiento de la enfermedad útil. Fridell en su «KULTURGESCHTE DER NEUZEIT» no ha tocado sino ligeramente la cuestión al tratar de la concepción adleriana. Encuentro la idea en un misterio medioeval de André de la Vigné: «Un ciego y un cojo huyen ante las reliquias de San Martín que cura las enfermedades de los que se les acercan; temen perder las fáciles ganancias que obtienen como mendigos. Desgraciadamente se encuentran de lleno con la procesión y quedan curados. Mientras que el ciego se regocija,—fino detalle psicológico de la vista recobrada que le hace descubrir el mundo,—el cojo se lamenta de la pérdida de su enfermedad.—Algún tiempo más tarde la idea reaparece en una forma seria. Es natural que «al primer hombre nervioso», Montaigne hable de ello el primero. «Hay—ha dicho así como heridas, enfermedades saludables. HEBBET NOVALIS y muchos otros son de la misma opinión. «Por lo tanto, dejad de considerar la enfermedad como una falta».—dice Gide—un jorobado es un hombre y una joroba además. Para Stendahl, la enfermedad es útil porque nos saca de la rutina de la vida diaria. Para el gran poeta húngaro Babits la enfermedad es relativa: tiene un más y un menos; hay almas que son enfermas por lo alto; los creadores. Me sería fácil multiplicar los ejemplos.

(GELTUNGSSTREBEN) que a veces se satisface con hacer notar la superioridad o simularla en vez de conquistarla objetivamente en la realidad.

Entre un pintor genial y un bohemio de café que se anudan la Lavallière de la misma manera; que dejan crecer su cabello de la misma manera y que son víctimas de la misma manía de grandeza, no existe sino un criterio que nos hace posible diferenciarlos: es la obra. Desde el punto de vista subjetivo los dos son completamente iguales. Lo que hace que admiremos a uno y despreciemos a otro es que uno produce obras de un valor objetivo, mientras que el otro se contenta con hacer resaltar la actitud del creador genial. (Sin embargo, el sólo hecho de que tantos genios hayan sido desconocidos por sus contemporáneos bastaría para hacernos reflexionar sobre este punto; y nos haría salir nuevamente en busca de otro criterio en vez del de la obra. Muchos han creído descubrir este criterio haciendo resaltar de nuevo la personalidad en lugar de esa obra exteriorizada). (ECHTHEIT palabra que las expresiones «valido» «verdadero» «legítimo» no expresan completamente ni aisladas ni juntas. ECHT «verdad» caracterizamos con esta palabra una acción conforme con la personalidad, su valor, su estructura; UNECHT es lo contrario, por ejemplo, el antisemitismo de un judío. No podemos hacer aquí un análisis atento de este criterio, tan caro a Jaspers porque sobrepasaría nuestro asunto).

El que se contenta con hacer notar de una manera ficticia, su valor, su superioridad se encamina hacia la neurosis. En suma, para Adler, la neurosis no es sino «un buen retiro» (1) para un hombre desalentado antes la dificultades de la vida; no es sino «pis ailer» un apartamiento del «sentimiento de la comunidad» que nace con nosotros y que es la base de toda la sociedad humana.

Como todos nosotros estamos cargados de «sentimiento de inferioridad» nos encontramos atraídos y oscilantes entre la tendencia a hacernos valer y el sentimiento de la comunidad y nos transforman en *out-lines* de la sociedad (individuos extra-sociales) criminales, neuróticos, suicidas. Vencer el sentimiento de inferioridad, librar de él al niño, alentarle y llevarlo por el adiestramiento a dominar estas insuficiencias orgánicas, tal es el rol que la HEILPAEDAGOGIK debe proponerse y que los alumnos de Adler tienden a realizar en las escuelas austriacas desde hace muchos años.

Una concepción semejante presupone necesariamente la abo-

---

(1) En castellano en el original.



lición de todas las escalas de valor hasta un punto extremo. Por el nacimiento todo el mundo es igual, declara Adler; la herencia no es sino una «pesadilla» (1) que nos embruja. Nada importa que las leyes existan o no una vez que se ha propagado que el individuo puede forjar aún de sus defectos un trampolín hacia resultados superiores. Si la caída del feudalismo ha suprimido los prejuicios del nacimiento; si el socialismo tiende a suprimir las desigualdades de fortuna, Adler encara nada menos que la destrucción del prejuicio de las capacidades innatas. Para él no existe diferencia entre dos recién nacidos, pues ambos tienen posibilidades infinitas ante ellos. La psicotécnica y la orientación profesional pierden casi toda significación a sus ojos. Así como puede formarse la aptitud matemática en los niños a partir de su tercer año de edad por medio de ciertos juegos, en cincuenta o cien años,—el tiempo no importa en este asunto,—se podrá seguramente formar Goethes y genios sobre medida. La concepción adleriana toca aquí los límites de la utopía, falta solo establecer oficinas especiales para dosificar el sentimiento de inferioridad con que se cargaría o se libraría a los individuos según las necesidades momentáneas, anuales, mensuales, o diarias. Si Adler no llega a esta última conclusión de sus concepciones no deja por eso de tener otras actitudes de profeta lo que como en Freud también, y como en todos los casos semejantes,—es inevitable. Pero tanto como esta concepción cuyas consecuencias hemos llevado a sus extremos,—nos parece anti-científica tanto nos parece también saludable. Nos exhorta una vez más a no perdernos en los detalles de la psicotécnica y a no perder confianza en los niños que debemos guiar, a pesar de los resultados negativos de nuestros «tests». El ánimo que se le infunda, en efecto, podrá cambiar de un solo golpe la actitud de un niño frente a las exigencias de la vida y hacer del menos bien dotado un hombre normal útil a la colectividad, como nos lo prueban innumerables ejemplos de niños clasificados entre «los menos dotados».

Este optimismo pedagógico,—que se extiende naturalmente a todo el dominio psiquiátrico el cual para Adler se reduce a la cuestión única de la reeducación—es animador y saludable. Y pedagogos de la envergadura de William Stern no vacilan un instante en reconocer su gran alcance y los méritos de Adler. Sería raro que un sabio como Adler, que en el estudio de las insuficiencias orgánicas se muestra todavía tan biólogo, causalista e inspirado por una especie de materialismo, desconociese repen-

---

(1) En español en el original.

tinamente con un desprecio magistral todo el lado orgánico, hereditario etc. de nuestra existencia. En realidad, no es así. Al proclamar que sólo vale la personalidad total ha emitido la hipótesis psicologista extrema. Trata de explicar todo por la sola vía psicológica y ensaya curarlo todo por el mismo sistema. Esto no es sino una hipótesis de trabajo, pero que en la práctica ha dado maravillosos resultados. En consecuencia, Adler ha llevado hasta sus últimas consecuencias el «determinismo psicológico» que Freud mismo no se ha atrevido a llevar tan lejos. Adler ha ensayado y este ensayo es de gran importancia explicar todo en la vida humana por los solos medios de la psicología, renunciando voluntariamente a la ayuda de otras ciencias.—El éxito o el fracaso no son prueba en favor o en contra de una teoría y por esto no queremos referirnos al éxito del adlerismo en la práctica. Tampoco queremos insistir en la importancia de la concepción integral de la persona bio-psicológica (GANZHEITSBETRACHTUNG) que Adler ha sido uno de los primeros en proclamar y que hoy domina todas las escuelas biológicas.

Ha contribuído de la misma manera al éxito de la idea finalista en la ciencia biológica enfrente de la rígida concepción causal cuya validez resulta confinada al dominio de los solos procesos psíquico-químicos.

Por otra parte, no nos dejemos engañar por la exageración dogmática de algunos de sus alumnos y ensayemos—como he tratado de hacerlo aquí—de extraer de sus teorías todo aquello que resiste a toda crítica todo lo que es importante para la pedagogía y para el psicólogo. Adler no nos ha dado una teoría brillante, penetrante curiosa, bien presentada adornada de condimentos literarios. Ha ensayado poner en relieve algunas tendencias del alma humana, algunos de los graves azotes de la humanidad moderna (como «el sentimiento de inferioridad» la «protesta viril», es decir la sobre estimación de lo masculino en detrimento de lo femenino en la civilización occidental, lo viril en cuanto a término valorizador y todas las anomalías que se le siguen),—a fin de combatirlo de una manera más eficaz.

No hemos omitido, en esta breve exposición, el llamar la atención hacia algunos puntos débiles del adlerismo,—llamado en Alemania «psicología individual» (INDIVIDUAL PSYCHOLOGIE) en oposición al «psicoanálisis» freudiano. Podrían agregarse todavía otras observaciones en lo que concierne al procedimiento sistemático etc. (1).

(1) La mayor parte de los reproches que podrían dirigirse a la psicología adleriana serían de carácter teórico. Una cierta tendencia moralizadora, un



Para concluir diremos simplemente que, según la expresión de Nietzsche, se muestra una más grande virilidad intelectual al preferir pequeñas novedades modestas a una teoría brillante, pero falsa. Pues es una estricta necesidad para todo educador, falto de poder hacer otra cosa mejor y mientras se forma una más exacta hipótesis del trabajo, decidirse por algunas de las teorías psicológicas de profundidad (TIEFENPSYCHOLOGIE) por imperfectas que ellas sean, aun como método complementario pedagógico, después del primer cuarto de siglo de su existencia (1).—O L I V E R B R A C H F E L D , (*Budapest*).

---

cierto tono de predicador es innegable en la obra adleriana. Pero todo esto sólo da testimonio del fervor del que cree haber encontrado la verdad y quiere comunicarlo a los demás. Así la observación psicológica en Adler es anti-científica; para él la psicología es un arte, pero en otras obras la llama ciencia. Ocurre en esto como en la medicina donde los límites entre la ciencia y el arte se borran. Adler quiere eliminar todo elemento sugestivo en su tratamiento; pero es inconcebible una exaltación del ánimo puramente intelectual sin mezcla de elementos sugestivos. Algunas veces emplea métodos casi behavioristas. Pero todo esto no impide que la psicología adleriana sea una de las tentativas más interesantes de nuestro siglo en materias psicológicas y pedagógicas.

(1) Traducido del original francés por L. D. Cruz O.